LA VANGUARDIA

14/01/2019

LA VANGUARDIA (ESPECIAL)
Prensa: OTRAS
Tirada: 178.457
Valoración: 15.996 €
Sección: ESPECIALES
Difusión: 147.142

Diana Roig Sanz es investigadora Ramón y Cajal y ERC Starting Grant. Coordinadora de GlobaLS-Global Literary Studies Research Group. Ha coeditado *Literary Translation and Cultural Mediators in 'Peripheral' Cultures: Custom Officers or Smugglers?*

Gestionar el talento, gestionar el futuro

Es necesario transformar un modelo caduco, insostenible y que da respuestas poco eficaces a los retos de la investigación del siglo XXI

Laboratorio de innovación de la Universidad de Barcelona, una de las que genera mayor producción científica.
Marc Vergés / UB

El 28 de diciembre se celebró en Barcelona un encuentro con el propósito de sentar las bases de una red global de científicos (Barcelona Alumni) vinculada con la asociación Science Tech DiploHub de reciente creación: tejer una red global entre científicos e investigadores formados aquí, pero que han terminado desarrollando sus carreras fuera de nuestras fronteras. Esta iniciativa, *a priori* laudatoria, esconde una realidad mucho más compleja y de proporciones menos afables, que tiene que ver con las enormes dificultades del sistema universitario catalán y español para retener el talento y evitar la tristemente conocida fuga de cerebros.

La universidad que conocemos no tiene la capacidad de acompañar la carrera de jóvenes investigadores ni de retener o traer su talento de vuelta. Los salarios, la escasez de becas, las condiciones laborales, la falta de medios o las pocas garantías con respecto a la estabilización de sus carreras nos colocan en posiciones poco ventajosas, que difícilmente pueden competir con otros sistemas donde la inversión es muchísimo mayor. Por otro lado, nuestra universidad sigue siendo una fortaleza de muros impenetrables, no siempre meritocrática, desigual entre hombres y mujeres y donde las capillitas premian lealtades basadas más en el vínculo personal que en la calidad o novedad de la investigación.

Así las cosas, la falta de inversión y oportunidades y una cultura universitaria que ha prometido demasiados sueños americanos ha propiciado que investigadores talentosos de mi generación hayan desistido en el intento, hayan emigrado a tierras de clima laboral más benevolente o sigan anclados a un sistema que los precariza con contratos poco dignos. Con contadas excepciones (la mía entre ellas), esta es la realidad mayoritaria y cabe reconocer que la Generalitat o el Ministerio han invertido dinero y esfuerzo en la trayectoria de muchos investigadores que luego el sistema no ha sabido acoger. Por otro lado, los costes se han distribuido entre universidades y centros de investigación, pero la financiación quizá hubiera debido ser mayor para evitar una descompensación que tampoco ha contribuido al equilibrio.

Mirar el futuro

Pero miremos al futuro con algo de optimismo... El futuro de la universidad pasa por una reflexión de todos los agentes implicados (la institución, el Estado, la comunidad de profesores e investigadores y, por supuesto, la sociedad) que conlleve la transformación de un modelo caduco, insostenible y que da respuestas poco eficaces a los retos de la investigación del siglo XXI.

Veamos algunos de ellos:

1 El mundo cambia a pasos agigantados y la universidad está obligada a reorientarse, revisar su estructura en profundidad y favorecer, en general, un cambio cultural que se sustente en la transparencia, mayor ambición y sentido crítico y autocrítico, y una visión más amplia de la investigación actual.

2 Los retos que afrontamos (cambio climático, crisis migratoria, auge de los populismos, envejecimiento, enfermedades neurodegenerativas) trascienden los límites disciplinarios y exigen una mayor colaboración entre expertos de distintos ámbitos. La interdisciplinariedad es el futuro de la investigación. Cuando se lleva a cabo alcanza un impacto mayor no solo desde el punto de vista científico, sino también social, cultural y económico. Pero para los sistemas de evaluación de la actividad investigadora, la publicación en revistas científicas disciplinarias, los departamentos con pocos perfiles poliédricos, o la colaboración más estrecha entre las ciencias sociales y humanas y las denominadas ciencias duras, la interdisciplinariedad sigue siendo un escollo. A este respecto, la interdisciplinariedad es un reto que exige una permeabilidad, capacidad de diálogo, generosidad y transgresión de nuestra zona de confort que no todos los implicados están dispuestos a asumir.

3 Los nuevos retos de la investigación han evidenciado que los marcos de referencia deben transformarse y, en nuestro caso, los referentes de nuestros sistemas universitarios necesariamente deben traspasar fronteras europeas y avistar un nuevo marco global donde podamos aprender del enorme potencial que ofrecen las universidades del Sur Global (América Latina, África, India o China). Esto no solo sería beneficioso para abordar los problemas desde distintas perspectivas espaciales o geopolíticas, sino que ayudaría a establecer alianzas globales y a descolonizar nuestras instituciones, tarea todavía pendiente en la mayoría de universidades europeas.

4 De manera similar, nuestras universidades deberían formar investigadores móviles, no sólo entre países sino también entre sectores. La movilidad es uno de los signos de nuestro tiempo, pero debe ir acompañada de políticas flexibles que favorezcan la movilidad de personas, y también de datos y de conocimiento en aras de una ciencia abierta, accesible y más democratizadora.

5 Desde hace ya algunos años la universidad se ha liberalizado y en algunos casos se ha convertido en una especie de empresa que trata a los estudiantes como clientes y los mima con exceso en detrimento de la calidad de docencia e investigación. De no revertirse esta situación, a la que se añade la incapacidad para retener el talento local o captar el expatriado o extranjero (el número de investigadores extranjeros en muchos departamentos aún es muy bajo), cabría preguntarse si la investigación debe pasar necesariamente por la universidad o debemos pensar en otro tipo de infraestructuras (centros de investigación, como los que ya existen, aunque a veces sean también personalistas) o centros mixtos, menos habituales.

6 Finalmente, para impulsar la calidad y la excelencia siguen siendo necesarios incentivos y mecanismos de control y de evaluación de la actividad científica como se llevan a cabo en otros países de nuestro entorno.

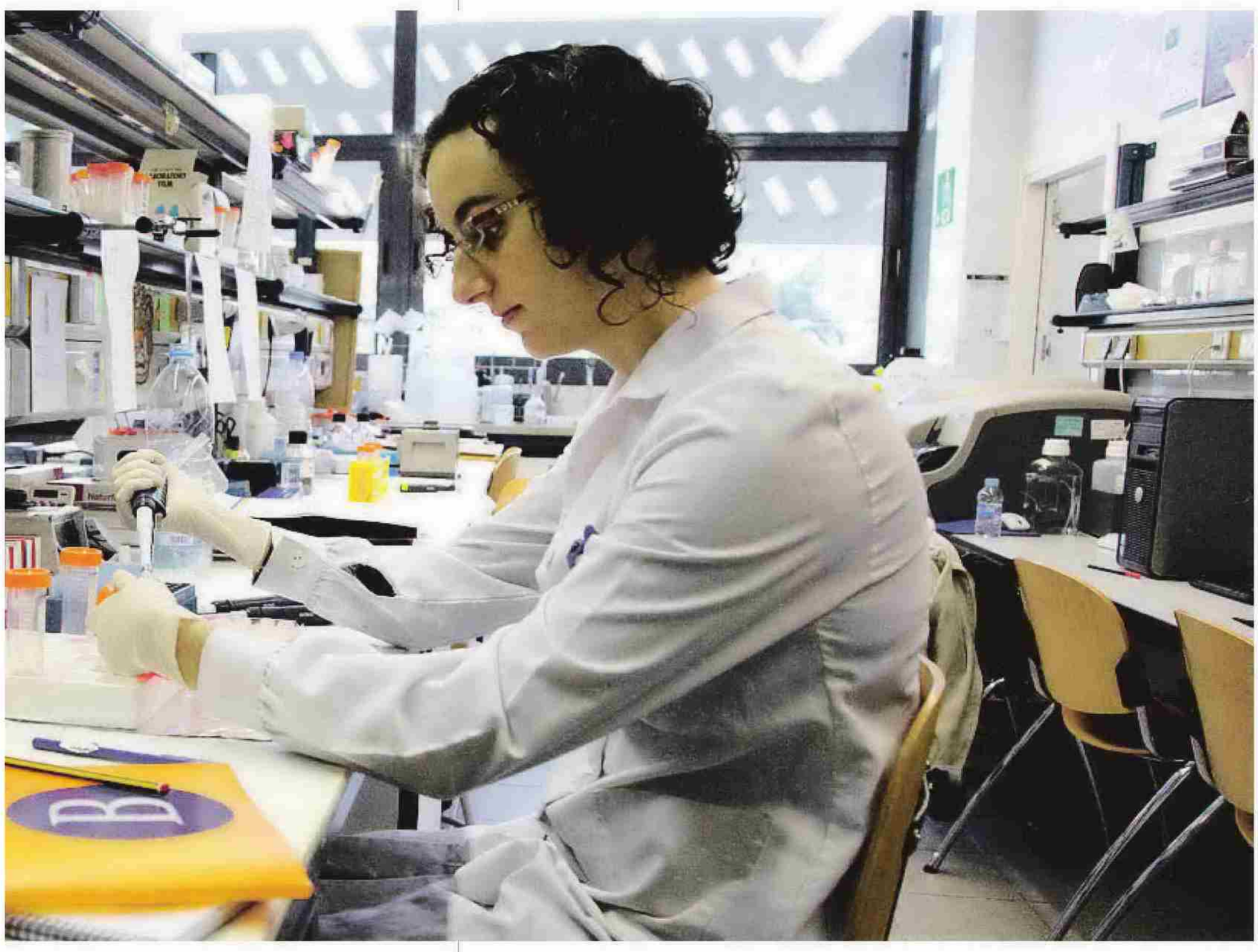
El contacto con el otro mejora nuestro trabajo y es urgente crear entornos de creación y más oportunidades para establecer conexiones que permitan trabajar de manera global, colaborativa e interdisciplinaria. El papel de las redes colaborativas podría estimular la economía del conocimiento y reforzar la todavía débil relación entre nuestra capacidad investigadora y los recursos al alcance. Barcelona es una ciudad atractiva que podría atraer mayor inversión si las relaciones entre la universidad y los centros de investigación, el sector público y el sector privado, fueran más ágiles y operativas. Cambiar el modelo y la cultura, estimular el conocimiento en red y una mayor inversión deben ser imperativos de la institución, el Gobierno y la comunidad científica. Son todavía muchas las resistencias, pero a nadie se le escapa la naturaleza global del problema y la necesidad de convertir a la universidad, en el modelo que sea, en el lugar de la reflexión, la innovación y la creatividad.

 # Es urgente crear entornos de creación y establecer conexiones para trabajar de manera colaborativa e interdisciplinaria

LA VANGUARDIA

14/01/2019

LA VANGUARDIA (ESPECIAL)
Prensa: OTRAS
Tirada: 178.457
Valoración: 13.852 €
Sección: ESPECIALES
Difusión: 147.142



@pastorams | **Pastora Martínez Samper** es vicerrectora de Globalización y Cooperación de la Universitat Oberta de Catalunya. Forma parte del grupo de expertos en Open Science de la European University Association

Ante problemas globales, abramos el conocimiento

Es necesario que el conocimiento sea accesible, se conecte y se comparta

En la novela de Ray Bradbury donde los bomberos debían quemar todos los libros, la resistencia la ejercían quienes los memorizaban para no perder el conocimiento y la belleza que albergaban. El conocimiento como elemento revolucionario, clave para el bienestar social y base de una sociedad que no logramos construir. Llevamos 50 años hablando de las sociedades del conocimiento y, aunque disponemos de mucha información y de grandes retos planetarios, no conseguimos conectar los dos puntos.

Gobernanza global

Si pensamos en los problemas globales seguro que nos pondremos de acuerdo: pobreza, desigualdades, hambre, enfermedades, violencias, contaminación, cambio climático. Esta realidad solo puede cambiar combinando una gobernanza mundial con soluciones locales adaptadas a cada contexto. Para abordarlos, en 2015 los Estados miembros de Naciones Unidas forjaron un pacto para fijar una agenda política mundial que, por primera vez, no mira solo a los países más desfavorecidos. La Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible busca soluciones a 17 objetivos que afectan a las personas y al planeta. Pese a posibles críticas por contradicciones internas o por dejar al margen retos indiscutibles, es incontestable que la Agenda 2030 pretende establecer una gobernanza global para afrontar esos objetivos compartidos.

Responsabilidad de la universidad

La Agenda 2030 también interpela a las universidades. Por primera vez un pacto internacional va más allá de la educación básica y persigue un acceso igualitario a la educación superior. Por primera vez también pone de relieve la importancia del conocimiento para conseguir un desarrollo sostenible. Es, precisamente, gracias al conocimiento que las universidades generamos a través de la investigación, compartimos con nuestro alumnado y transferimos a organizaciones y colectivos, que somos agentes transformadores de personas y comunidades. Y aun así tampoco somos capaces de unir información y soluciones para retos globales.

Inaccesibilidad

Existen diversos motivos que lo impiden. No todos, ni mucho menos, son responsabilidad de la comunidad académica; sin embargo, hay dos en los que esta es clave.

Por un lado, el conocimiento académico no está accesible. La iniciativa OA2020, liderada por la Max Planck Society, estima que el 85% de los resultados de la investigación solo puede consultarse previo pago. Y si el conocimiento está disponible solo para quienes lo puedan pagar, difícilmente podrá ser usado por otros para resolver problemas concretos.

Pero, ¿cómo hemos llegado hasta aquí? Por un negocio global que se ha vuelto muy provechoso y en el que la comunidad académica se ha visto enredada. Así funciona. El conocimiento académico se suele compartir a través de publicaciones en revistas especializadas. La manera más habitual de leer estas publicaciones es mediante suscripción. Todo normal. El proceso, sin embargo, tiene algunas perversiones. Primero, el precio de suscripción ha aumentado un 60% en la última década. Pocos negocios han salido tan bien parados de la crisis. Segundo, además de por leer, la academia habitualmente también paga por publicar. Tercero, la decisión sobre si el conocimiento presentado es suficientemente novedoso para ser publicado, la suelen tomar otros académicos de manera gratuita. Así, los grupos editoriales propietarios de estas revistas han formado un oligopolio muy lucrativo que extrae unos dos mil millones de dólares de beneficios anuales, con unos márgenes de entre el 30% y el 40%. Un negocio redondo que pagamos entre todos, ya que gran parte de la investigación es posible gracias a financiación pública, es decir, a nuestros impuestos. Si a esto le sumamos que, debido al alto coste de las revistas, en muchos lugares del mundo se quedan sin acceder al conocimiento allí compartido, la impotencia es monumental.

 # La Agenda 2030 de la ONU también interpela las universidades

Para revertir esta situación, desde hace un par de décadas en parte del mundo académico se ha organizado el movimiento Open Access, que persigue el libre acceso a los resultados de investigación. Lamentablemente hasta la fecha se ha avanzado muy poco. Las esperanzas están puestas en los financiadores públicos y privados que, liderados por la Comisión Europea, se han aliado para abrir a partir de 2020 las publicaciones resultado de los proyectos financiados. De nuevo, la necesidad de una gobernanza global para resolver problemas de una comunidad internacional. A finales del año pasado, 18 organizaciones formaban la cOAlition S y España no estaba entre ellas. Esperemos que el Gobierno rectifique pronto, tal como le ha instado el Congreso mediante una proposición no de ley aprobada en diciembre de 2018.

Nodos

Otro motivo que dificulta la conexión entre información y soluciones es que el conocimiento ya no está solo en la academia. Quizá no lo haya estado nunca, pero cada vez es más evidente que se encuentra también en muchas otras comunidades: en hospitales, museos, oenegés y empresas, y en la administración pública.

La universidad tiene la oportunidad de convertirse en un sistema poroso, permeable al saber de otros actores o, como apuesta la UOC, de transformarse en nodos de conocimiento que permitan conectarlos entre sí. Se trata de aprender a generar sumando las capacidades de todos, acelerando así la obtención de soluciones. No es un camino fácil porque implica un cambio de cultura organizativa y nos baja de la torre de marfil. Pero vuelve a ser una cuestión de responsabilidad.

O apostamos por la capacidad transformadora de las universidades o los avances serán demasiado lentos y muy desiguales. De nosotros depende que el conocimiento sea aprovechado por todas las comunidades y no solo por unas élites. La Agenda 2030 es una oportunidad fantástica para mirarnos al espejo. Como sentenciaba Granger, el líder de la resistencia, al final de *Fahrenheit 451*:

Construiremos ante todo una fábrica de espejos, y durante un año no haremos más que espejos, y nos miraremos largamente".